

CABEZA

"Pinto para no sentirme engañado por la vida"



Ivonne Barajas

Yo no sé si habló desde el corazón o desde su consciente cualidad de buen orador. No voy a juzgar eso aquí ni allá, pero… Gilberto me emocionó.

Recuerdo que ese día y a esa hora (él hablaba) sentí los ojos ardiendo como si mirara fijamente a una hoguera, recuerdo que tuve ganas de echarme a correr y plantarle unas buenas mordidas al mundo. Tuve, con mucha voracidad, ganas de ser. Fue sólo un momento, ¿o eso creo?, porque luego volví a la respiración acompasada de bestia que superó el furor de la caza…

Gilberto Aceves Navarro recibió, en ceremonia solemne el pasado 5 de mayo, la presea Alejandro Rangel Hidalgo que recién instauró el Ayuntamiento de Colima como parte del Primer Festival Internacional del Volcán 2016; dio un discurso vivaz, divertido, anecdótico que no me voy a quedar con las ganas de compartir.

Ser pintor

La primera vez que estuve consciente de que quería ser artista fue en una excursión que hicimos en la Escuela Secundaria No. 4; tuvimos un encuentro con el gran poeta Carlos Pellicer y yo salí, depués de escucharlo, convencido de mi vocación. Tuve también una visión ese día: desde la ventana de un segundo piso contemplé una capilla abierta; había una luz tan pastosa, tan llena de significado que yo me quedé viéndola y saliendo le dije a mi amigo Gustavo: "Voy a ser pintor", "¿Cómo pintor, si tú eres un pobre pendejo que no sabe ni escribir".

Luego anuncié mi descubrimiento a mi madre quien con su humor vivo y vivaz me dijo:
--¿Te vas a pasar toda tu miserable vida agarrado a un palito con pelitos en la punta?
--Sí
--Bueno, ni modo, hay cada buey.
Contra todas las expectativas y en medio de contradicciones y conflictos, ignorando unas cosas y sabiendo otras me dediqué a pintar. Todo esto que ven ahora y que puede ser que admiren y con reverencia digan: "¡Ah, el pintor, Ah, el pintor!" pues el pintor era un jovencito, era un señor después y ahora un viejo que trabajaba todo el día, todo los días…

Estar en Colima

Verlos a ustedes, encontrar en un rincón de mi país esto: la emoción de cantar el himno nacional (porque se entonó el himno como parte de la ceremonia) me hace sentir que también pertenezco a este rinconcito del país.

Yo veo la vida y cuando descubro a estos jovencitos rocanroleros, me pregunto: ¿Dónde están? Me pongo triste por eso, de verlos tan sin rumbo, y me digo que tengo que hacer algo más y busco dentro del extenso lenguaje que he acumulado para expresar: "Tienen esto jóvenes, no se vendan, no se regalen, no hagan lo que no deben de hacer; hagan un esfuerzo enorme por pensar una cosa el día de hoy, por ver el día, por descubrir cómo es la luz…en ese sentido deben poblar su vida".

Fíjense que un día, durmiendo aquí en Colima en el Taller de La Parota, desperté y sentí que estaba en Venecia porque había cierto sentimiento en todo a mi alrededor que me recordaba el sentir de Tiziano. Este sentimiento de descubrimiento de la vida y sus consecuencias.

Para todos pinto, para todos hago las cosas, si me va bien o me va mal eso es otro asunto. Pinto por urgencia, porque me es indispensable seriamente, profundamente: quiero saber cómo son todos y cada uno de los mexicanos, quiero saber qué puedo hacer con ellos y para ellos, para que no me sienta yo engañado por la vida. Son ustedes los que me dan la vida, son el empujón necesario para estar vivo y consciente.



Envidio mucho la obra del maestro Rangel

Y envidio también su colección de arte precolombina. Silenciosa y modestamente, Rangel Hidalgo hizo lo que tenía que hacer. Yo creo, a diferencia de los demás, que su manera de pintar fue muy modesta; no creció porque no quiso crecer; hizo lo que tenía que hacer y ahí se quedó.

Otro pintor de aquí, Alfonso Michel, era todo un personaje: creó de sí mismo un personaje; era un ser exótico: salía a las calles con amplias gabardinas y después de sus correrías nocturnas se levantaba, exploraba sus libros de arte, y decía: ¿Qué voy a pintar ahora? Ah, voy a pintar naturaleza, como tal autor. Es un pintor que me atrevo a hacer la recomendación.

Adiós

(Después de un discurso, nada aburrido sino todo lo opuesto, de quince minutos): Ya no los voy a aburrir más, quiero volver a decir que los adoro y les agradezco profundamente; me dan la sensación de nuevo de que este lado del país es mío también y de que puedo entonar el himno sin que mi maestra de canto me calle la boca por desentonado ¡ahorita nadie me calló!

Éste puede ser uno de los eventos más importantes de cultura. Búsquenme. Si puedo hacer algo lo voy a hacer de mil amores. Vale la pena. Y ustedes valen la pena. Créanme que no quisiera olvidar ni una de sus caras…